

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza
Carta semanal

Una cuestión que atañe a todos

8 de marzo de 2009

Cuando conseguimos una gran amistad, entrar en contacto con una persona que nos enriquece, recordamos sin duda todos los pormenores del momento en que nos conocimos y entablamos las primeras conversaciones con ella. Algo así es poder asistir cada año a la celebración del misterio pascual de Cristo, pues en ella se trata de conmemorar, esto es, hacer nueva, la vida que el Señor nos concedió por pura gracia de Dios. La amistad con Jesucristo nos honra y ha valorizado nuestra vida hasta límites insospechados: nos ha sucedido algo inesperado y grandioso, sin merecerlo. La sensación de plenitud nos desborda. La Cuaresma es justamente el tiempo en que los ya bautizados, que tenemos la vida resucitada de Cristo, volvemos a vivir con fuerza todo lo que esto supone. Los no bautizados preparan, por su parte, la recepción de este gran don. Y lo hacemos en una dramatización de la vida, muerte y resurrección de Cristo que nos commueve: el misterio pascual en la Semana Santa.

No hace mucho tiempo que en el lenguaje común de la Iglesia hablamos de «*Iniciación cristiana*», es decir, ese don que recibe la persona humana por mediación de la Madre Iglesia, en el que el ser humano renace en Cristo por el agua y el Espíritu Santo, de manera que el hombre y la mujer realicemos nuestra vocación de hijos de Dios en Jesucristo, su Hijo, en medio del mundo, como miembros activos de la Iglesia. Pero cada vez más hemos de hablar de esa Iniciación y de los sacramentos pascuales que la realizan (Bautismo, Confirmación y Eucaristía), de manera que toda la catequesis tiene que tener como clave esa Iniciación: cuándo comienza, cuándo acaba, cómo iniciarla, cómo terminarla —no la terminaremos nunca, pues nunca dejaremos de crecer como cristianos—, cuáles son los momentos en qué se da